Historia de la literatura argentina

30 La literatura del siglo XX hasta las vanguardias III

Roberto Giusti
Rafael Arrieta
Pedro Henríquez Ureña
Amado Alonso
Joaquín V. González
Deodoro Roca



Colegio Nacional de Buenos Aires

Página/12



Publicidad de los cigarrillos *Centenario,* en la revista *Caras y Caretas*

Dirección general de colecciones de historia
de Página/12: Profesora Aurora Ravina

Departamento de Castellano y Literatura
Colegio Nacional de Buenos Aires
Universidad de Buenos Aires
Directora: Profesora Silvina Marsimian
Redactoras:
Profesora Paula Croci
Profesora María Inés González
Profesora Silvina Marsimian
Profesora Sylvia Nogueira

Auxiliares de investigación:
Profesores Karin Grammatico y Sergio Galiana
Consultas y comentarios: *literatura@cnba.uba.ar*

ISBN Tomo II: 987-503-413-4
ISBN de la obra completa: 987-503-390-1

En tapa: Logo de la revista *Nosotros*

La literatura del siglo XX hasta las vanguardias III

El “espíritu del Centenario”

1910, a cien años de un sueño libertario cuyo periplo vio avanzadas y retrocesos, presenta un cuadro político, económico y cultural sumamente complejo. Argentina es una nación europeizada, según el proyecto de una generación partícipe de la constitución de un estado independiente y democrático, pero que resultó diferente de lo planeado: su economía depende de la británica; la población se conforma con un alto porcentaje de extranjeros llegados en los últimos veinte años; las clases sociales están enfrentadas; hay conflictos gremiales, fraude electoral. Frente a un estado de cosas más cercano a la catástrofe que a la estabilidad, nace lo que se denominó el “espíritu del Centenario”, a la par de los festejos oficiales de la conmemoración con el propósito explícito de neutralizar desavenencias. El escenario del festejo se vistió para la ocasión de paisanos, domas, yerras, pero los uniformes prusianos y el público integrado por familias inmigrantes insinuaban que los aires autóctonos eran solo un decorado ofrecido a las delegaciones extranjeras en medio de una etnografía y arquitectura europeas. Los ecos de las fiestas en la capital resonaron en el interior del país, los que contagiados en el fervor patrio acallaron cualquier malestar y mostraron su entusiasmo por formar parte de una nación rica y reconocida en el mundo entero. Desde sus escritorios, los intelectuales hicieron su aporte: muchos se incorporaron a la celebración con textos optimistas, conciliadores y defensores de los postulados de Alberdi, y otros intentaron sacar a la luz la desazón latente por debajo del homenaje para presentar soluciones por venir. Como señala David Viñas: “Al repasar lo que se escribió en 1910, se tiene la sensación de asistir a una melancólica puja por ver quién ensalza mayores realizaciones en el presente, quién pronostica mejores esplendores futuros, o bien es capaz de escudriñar el pasado descubriendo más importantes aciertos o valores personales más auténticos y ejemplares”. Desde el oficialismo cultural se abrió un concurso para seleccionar el himno del Centenario, en el que participaron Rafael Obligado, Calixto Oyuela, Martín Coronado, Manuel Gálvez. También Octavio Bunge y José Ingenieros aportaron textos alusivos: el primero *Nuestra Patria*, orientado a la lectura en la escuela, y el segundo, *Sociología Argentina*, el ensayo que contribuye a solidificar el concepto de “crisol de razas”, rápidamente convertido en lugar común del pensamiento nacionalista. Mientras tanto, Lugones da a conocer *Odas seculares* y Joaquín V. González, *El juicio del Siglo*, deseosos de construir el espíritu patrio. Uno de los libros que articuló la más aguerrida polémica fue *La restauración nacionalista,* de Ricardo Rojas, aparecido meses antes del año del Centenario. En este texto, alerta acerca de los peligros por los que atraviesan la familia, la lengua y todo el país, debido al cosmopolitismo imperante, y proclama: “No sigamos tentando a la muerte con nuestro cosmopolitismo sin historia y nuestra escuela sin patria”, para abocarse al estudio de la literatura argentina en tanto expresión de la nacionalidad. En general, los ensayistas del Centenario, que revalorizaron la herencia hispánica y el pasado indígena frente al europeísmo “deformante”, también centraron su atención en el interior del país, en el que vieron mantenidos los valores de la tradición. La crítica, que irrumpe en esta época, difundió sus ideales en dos revistas: *Nosotros* (1907-1943) e *Ideas* (1903-1905). Entre los hechos más destacados vividos por esta generación están la Ley Sáenz Peña de voto secreto y obligatorio y su repercusión en la vida política y social; la Reforma Universitaria de 1918, que cambió la historia de la enseñanza superior en la Argentina, y la promulgación de la Ley de propiedad literaria.



Uno de los eventos más importantes realizados en el marco de los festejos del Centenario: la Gran Manifestación Patriótica a lo largo de la Avenida de Mayo


Roberto Giusti

Por un estudio sistemático de las letras

El espíritu del Centenario afianzó el desarrollo del trabajo intelectual: los escritores, la institución literaria, la lengua y la tradición nacionales asumieron un papel central en el debate por la afirmación de la identidad del país. La cuestión nacional, su definición y límites llevan a la mesa de discusión, por un lado, la figura del gaucho, de lo criollo, de lo autóctono, ahora cargada con valores positivos y presentada como una respuesta a la inmigración, que muchos entendían como la "nueva barbarie". Por otro lado, aparece con igual fuerza el extranjero, el "gringo", portador de un progreso que disuelve la identidad e importador de ideologías todavía inconcebibles para una recién estrenada democracia. Este contexto conflictivo favorece el pensamiento tanto del nacionalismo encarnado en Lugones, Rojas, Manuel Gálvez y Joaquín V. González, entre otros, con sus proyectos literarios monumentales, como el de algunos hijos de la inmigración que, gracias a la existencia de la Facultad de Filosofía y Letras y de revistas como *Nosotros*, despliegan un sistema de ideas que ve con beneplácito la incorporación del componente foráneo a la formación del ser nacional. En esta segunda línea se encuentran los escritores Gerchunoff, Payró y estudiosos de la literatura como el italiano Roberto Giusti (1887-1978), Rafael Arrieta (1889-1968) y Arturo Marasso (1890- 1970), defensores del espacio cosmopolita, la convivencia de los dialectos, el socialismo, y propulsores de una crítica metódica de los textos literarios desde una perspectiva humanística de alcance universal. El norte perseguido por estos intelectuales no está en el pasado ni en la reivindicación "voluntarista" del indígena o el gaucho, sino en el futuro de la mano de la inmigración. En este sentido, es Giusti, un intelectual socialista fundador de la revista *Nosotros*, quien encabeza la cruzada de la nueva crítica literaria. En 1911, seis años antes de que Rojas comenzara su *Historia de la Literatura Argentina*, Giusti edita *Nuestros poetas jóvenes. Revista crítica del actual movimiento poético argentino*, que se ocupa de la poesía desde Guido y Spano hasta *Lunario Sentimental* de Lugones. Su obra crítica se caracteriza por el tono polémico recurrente en sus artículos periodísticos y el análisis de las obras literarias en el contexto amplio en el que se produjeron. Sus diatribas más encendidas fueron contra Rojas, especialmente, respecto de *La restauración nacionalista* (1909), a través de una nota bibliográfica aparecida en febrero de 1910 en *Nosotros* donde proclama, retomando las palabras de Rojas, que si "la historia está todavía por hacerse" se hará sobre la masa de extranjeros que como él "plasmará aquí la nueva nacionalidad". La obra de Giusti se completará con cuatro tomos de *Crítica y polémica*, aparecidos sucesivamente en 1917, 1924, 1930 y 1939; *El drama rural argentino* (1934), *Momentos y aspectos de la cultura argentina* (1954) y *Poetas de América* (1956). Su labor intelectual se materializó también en la presidencia de la Sociedad Argentina de Escritores entre 1934-1937 y como miembro de la Academia Argentina de Letras.

Por su parte, Rafael Arrieta se ocupó de la literatura argentina, en principio, desde las aulas de la Universidad de La Plata, en la que enseñó desde 1912, y luego con la publicación de estudios críticos sobre temas de literatura nacional, muchas veces comparativos, como *Dickens y Sarmiento* (1928) y *La literatura argentina y sus vínculos con España* (1948). Hacia 1958, inició la primera obra colectiva de *Historia de la literatura nacional*, compuesta por monografías de prestigiosos críticos como Arturo Marasso, Giusti, Raúl Cortazar, Fermín Estrella Gutiérrez, Ángel Battistessa, que marca un rumbo novedoso en la periodización analítica de las letras argentinas.


Rafael Arrieta

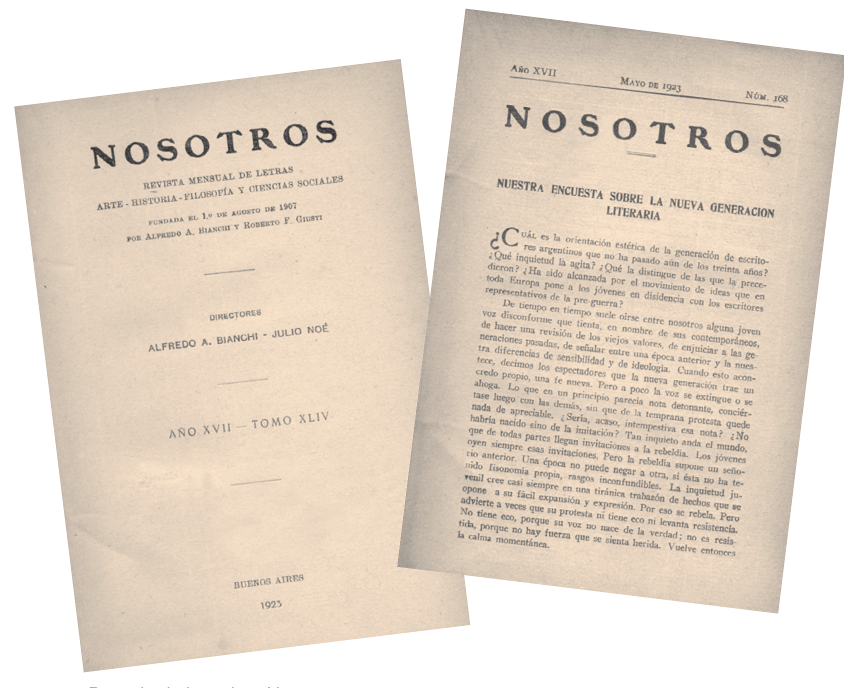
Los Inmortales, famoso café que albergaba una de las peñas literarias de la época



Los mitos de nuestra crítica

Roberto Giusti "era el mito de una continuidad, encarnado sobre todo en esa obra de fe y obstinación que se llamó *Nosotros*", atestigua Noé Jitrik al rememorar al crítico literario a quien conoció "de lejos" en la Facultad de Filosofía y Letras. En efecto, *Nosotros* se singulariza en el campo de las revistas culturales por tener una larga historia: llegó a publicar 390 números. Fue fundada en 1907 por Giusti y Alfredo Bianchi (1882-1942), a quien el italiano había conocido en aquella facultad, donde cursaron Letras. Ellos dos fueron los directores prácticamente permanentes: solo entre 1920 y 1924 Bianchi tuvo otro codirector, Julio Noé; Giusti se retiraba temporariamente porque no concebía "en los actuales momentos históricos, ninguna publicación apolítica, que no sea de arte puro, y *Nosotros* por sus estatutos está obligada a serlo". Publicaron 300 números hasta 1934, cuando fue la pareja directora la que consideró que la época exigía posponer las preocupaciones literarias a favor de las políticas y sociales; pero que esa demanda, si se la satisfacía, desvirtuaba el programa fundacional de la revista. Reaparece en 1936 y se sostiene hasta 1943, luego de fallecer Bianchi. El nombre "Nosotros" fue una ocurrencia de Gerchunoff. Era el título de una novela inconclusa de Payró, parte de la cual se publicó en el primer número; como nombre de la revista, el pronombre plural aludía al propósito de construir un espacio de encuentro entre intelectuales consagrados y recién iniciados. Los directores lograron que en la revista colaboraran personalidades de grupos enfrentados, como los escritores que se reunían en el café La Brasileña (Payró, Gerchunoff, Rojas), "enemistados" con los que solían encontrarse en Los Inmortales (Evaristo Carriego, Florencio Sánchez, Juan Mas y Pí). Aunque la publicación focalizaba la literatura, no se ocupaba exclusivamente de las letras. Atendía también a otras artes, a la historia, la filosofía, la sociología, la psicología, la lingüística, la educación. Por otro lado, y a pesar de las reiteradas declaraciones de que la revista se proponía mantenerse "alejada del movimiento político nacional", lo abordó: Giusti, por ejemplo, asumió la nota "6 de setiembre", que justificaba el golpe contra la segunda presidencia de Yrigoyen (nº 256, 1930). Tampoco se ignoró en sus páginas la política internacional más trascendente; de la Primera Guerra Mundial, por tomar un caso, "La Dirección" firmó un editorial entre cuyas declaraciones hay muchas que se formulan como preguntas retóricas: "¿A qué indignarse contra el zar o contra el kaiser (...)? ¿A qué desear el triunfo de esta o de aquella nación, si ninguna puede legítimamente arrogarse el derecho de ser la única civilizada?" (nº 64, 1914). Más sistemáticamente, *Nosotros* se pronunció sobre la política cultural; uno de sus juicios resonantes se refirió al nombramiento de Gustavo Martínez Zuviría como director de la Biblioteca Nacional: "Entre los escritores argentinos, el Dr. Martínez Zuviría es aparentemente de los menos aptos para el de-

Giusti, como Groussac, evalúa la literatura local con perspectiva extranjera pero, a diferencia de los "bárbaros" temidos y tal vez con cierto complejo de inmigrante, vigila el hispanismo y la corrección de las letras argentinas.



NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS
ARTE - HISTORIA - FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1º DE AGOSTO DE 1907
POR ALFREDO A. BIANCHI Y ROBERTO F. GIUSTI

DIRECTORES
ALFREDO A. BIANCHI - JULIO NOÉ

AÑO XVII — TOMO XLIV

BUENOS AIRES
1923

AÑO XVII — MAYO DE 1923 — NÚM. 168

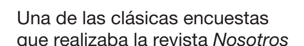
NOSOTROS

NUESTRA ENCUESTA SOBRE LA NUEVA GENERACION LITERARIA

¿CUÁL es la orientación estética de la generación de escritores argentinos que no ha pasado aún de los treinta años? ¿Qué inquietud la agita? ¿Qué la distingue de las que la precedieron? ¿Ha sido alcanzada por el movimiento de ideas que en toda Europa pone a los jóvenes en disidencia con los escritores representativos de la pre-guerra?

De tiempo en tiempo suele oirse entre nosotros alguna joven voz disconforme que tienta, en nombre de sus contemporáneos, de hacer una revisión de los viejos valores, de enjuiciar a las generaciones pasadas, de señalar entre una época anterior y la nuestra diferencias de sensibilidad y de ideología. Cuando esto acontece, decimos los espectadores que la nueva generación trae un credo propio, una fe nueva. Pero a poco la voz se extingue o se ahoga. Lo que en un principio parecía nota detonante, conciértase luego con las demás, sin que de la temprana protesta quede nada de apreciable. ¿Sería, acaso, intempestiva esa nota? ¿No habría nacido sino de la imitación? Tan inquieto anda el mundo, que de todas partes llegan invitaciones a la rebeldía. Los jóvenes oyen siempre esas invitaciones. Pero la rebeldía supone un señorío anterior. Una época no puede negar a otra, si ésta no ha tenido fisonomía propia, rasgos inconfundibles. La inquietud juvenil cree casi siempre en una tiránica trabazón de hechos que se opone a su fácil expansión y expresión. Por eso se rebela. Pero advierte a veces que su protesta ni tiene eco ni levanta resistencia. No tiene eco, porque su voz no nace de la verdad; no es resistida, porque no hay fuerza que se sienta herida. Vuelve entonces la calma momentánea.

Portada de la revista *Nosotros*



Una de las clásicas encuestas que realizaba la revista *Nosotros*

sempeño de la tarea que se le ha confiado. Novelista popular, bajo el seudónimo Hugo Wast, representa en la Argentina ese fácil arte narrativo, accesible a las masas por obra de las ediciones de tiradas numerosas" (nº 269, 1931); la evaluación crítica de *Nosotros* sobre los premios nacionales de Literatura solía manifestarse sin ambages ("Los jurados son incompetentes. Universitarios o magistrados distinguidísimos no por ello son menos incompetentes para entender a un mismo tiempo en la mescolanza más heterogénea de obras", nº 187, 1924). No se dejaba de destacar con orgullo lo que la revista y la editorial a la que aquella estaba ligada aportaban a la cultura argentina: "Los tres escritores premiados [por 1929] son o han sido de *Nosotros*. *Nosotros* lanzó en 1918 el primer libro de Ezequiel Martínez Estrada, *Oro y Piedra* (...). Manuel Gálvez, como es notorio, está vinculado a *Nosotros* desde 1911 y *Nosotros* editó sus libros más celebrados (...) Enrique de Gandía se ha incorporado en fecha más reciente (...)" (nº 282, 1932). Poco a poco miembros de la revista estuvieron más comprometidos con los jurados. Un caso memorable es el de 1942, cuando Giusti y otros colaboradores de *Nosotros* asesoraron al jurado de la Comisión Nacional de Cultura. Ganó el primer premio *Cancha larga*, novela rural realista de Eduardo Acevedo Díaz, mientras que *El jardín de los senderos que se bifurcan*, del joven Jorge Luis Borges, solo obtuvo un voto, el de Eduardo Mallea, uno de los integrantes de la Comisión. La revista *Sur* embistió contra el dictamen de ese concurso con un desagravio a favor de Borges y tiempo después el escritor publicaría allí mismo el cuento "El aleph", donde ironiza en particular sobre esa situación y, en general, sobre las instituciones literarias y los autores que ellas consagran. *Nosotros* defendió el resultado de ese concurso sobre la base de que la obra de Borges respondía "a ciertas desviadas tendencias de la literatura inglesa contemporánea, entre el cuento fantástico, la jactanciosa erudición recóndita y la narración policial; oscura hasta resultar a veces tenebrosa para cualquier lector". Los juicios de *Nosotros* sobre Borges resultan ahora probablemente los más desacertados de la revista, cuya labor crítica –de todos modos– fue significativa en la definición del campo cultural del momento a través de la publicación de textos literarios, reseñas, encuestas, polémicas. Giusti tendía a comparar las obras contemporáneas con las clásicas grecolatinas; juzgaba que la literatura argentina –para ser conocida en el extranjero– debía elaborar "Lo regional y castizo convertido en materia genérica y universal"; en consonancia con su producción de manuales escolares, sostenía que los personajes tenían que ennoblecerse a través de sus pasiones y que había que vigilar el uso correcto del lenguaje. *Nosotros* publicó también trabajos de personalidades tan diversas como las de Pedro Henríquez Ureña, Leónidas Barletta o Raúl Scalabrini Ortiz, con lo cual se diversifica en parte la perspectiva de la crítica que difunde la revista. La descripción del panorama del momento y de las pugnas entre estéticas se completaba con encuestas de preguntas abiertas, por ejemplo sobre el valor de *Martín Fierro* de Hernández; las respuestas de los encuestados se publicaban. En 1923 se realizó una a jóvenes escritores sobre las nuevas generaciones con preguntas como "¿Hay entre Ud. y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿Cuál es?". Muchos coincidieron en que no los unía ni una estética ni un cenáculo. La encuesta evidenciaba que la pluralidad de las vanguardias se asumía conscientemente y que ellas convivían todavía con otros movimientos como el Naturalismo, que algunos reivindicaban. Pero la competencia no era exclusiva entre los artistas, alcanzaba igualmente a los críticos que se nucleaban en diferentes publicaciones. El declinar de la excepcional *Nosotros* se asociará al desarrollo y consolidación de otras revistas (y otros consagrados), como *Sur*.

El escritor Pedro Henríquez Ureña



Un refugio para maestros de la lectura

Cuando en 1912 Ricardo Rojas funda el Instituto de Investigaciones Literarias Nacionales, dependiente de su Cátedra de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras, abre un espacio pionero en las investigaciones literarias y la crítica académica. El trabajo de Rojas y sus discípulos incluyó la edición de numerosos textos prologados y la "puesta en escena" de materiales inéditos. Hasta ese momento, se había practicado una crítica erudita pero contenidista, impresionista, apegada a juicios subjetivos sobre obras y autores, que sobrevaluaba lo biográfico en detrimento de lo textual literario. Los intelectuales adiestrados en esta vieja tendencia –en parte, aun Groussac y sobre todo Lugones– ejercían un rol directivo y paternalista respecto de las minorías ilustradas, validaban a ciertos autores y juzgaban la calidad o pertinencia de un libro. Esta crítica en formación ya no cumplirá ese rol: para evitarlo, tenderá a eludir el análisis de escritores contemporáneos, marcando una cierta distancia con el objeto de estudio; el trabajo se volverá más confinado a libros y facultades, pero ganará en precisión y ecuanimidad, y se transformará en una auténtica disciplina, conocimiento "entre pares", que influirá en la comunidad indirectamente y a largo plazo. Para garantizar la actualización académica, Rojas invitó al español Amado Alonso (1896-1952) a trabajar en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas –que hoy lleva su nombre– creado en 1923 en la misma facultad. Alonso, que fue su director de 1927 a 1946, convocó como secretario al dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), quien desde 1924 trabajaba en la Universidad de La Plata. Con ellos ingresaron al país los estudios hispanoamericanistas, filológicos, estilísticos y lingüísticos, métodos que colocan al texto en el centro del análisis. Alonso introdujo la *estilística*, a través de una colección donde editó las obras clásicas de ese método crítico. Esta escuela toma el estilo de un autor como instrumento para la interpretación de la obra, fundamentada textualmente; al hacerlo, explicita el balance de lo logrado y malogrado estéticamente. De vertiente idealista, algunos aspectos procedimentales, tales como el *psicologismo biográfico*, con sus ideas de "mundo interior del poeta" y su "intuición" personal del mundo, hoy están desplazados. Según estos presupuestos, la estructura y el funcionamiento del texto estarían sometidos a las intenciones del autor que lo produjo. La obra expresaría esa voluntad como una unidad orgánica portadora de un *sistema connotativo –expresivo*, lo llamaban ellos– cuya unidad provee de una "sugerencia" global, presente y coherente en todos sus estratos: el lingüístico, el argumental, la estructura externa y la interna. Atravesando todos los planos del análisis, la estilística llega a conclusiones como la "visión perspectivista del mundo en el Quijote" o la "esencialidad de lo real en Jorge Guillén". Este enfoque textual de las obras le permite a Alonso, por ejemplo, percibir tempranamente la originalidad del estilo de Borges, cuando no se lo había descubierto aún. Henríquez Ureña, por su parte, formado en el Centro de Estudios Históricos de Madrid por Ramón Menéndez Pidal, escribió *Seis en-*



Amado Alonso, en una fotografía de 1942

sayos en busca de nuestra expresión (1928), obra precursora de la historiografía literaria. A ella le seguirán, años después, *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945) e *Historia de la cultura en la América Hispana* (1947). Henríquez Ureña investiga el proceso por el cual se establecen las relaciones concretas entre la producción literaria y la realidad social. Elige "Hispanoamérica" como objeto y, en ese mapa histórico-cultural, traza los recorridos de "nuestra expresión", a los que metaforiza con la palabra "corrientes", que es la articulación de lo literario artística y políticamente. Traslada la dialéctica a la historia social de la literatura y luego hace foco en la hispanoamericana. Pero no estudiahistoria para testimoniar la culminación de ese desarrollo en una Nación-Estado, como lo hacen Rojas o Menéndez y Pelayo en España, sino que propone una superación de los nacionalismos. Fue experto en filología, la que nunca le interesó como un fin en sí mismo sino como un medio más para esclarecer lo literario y desde allí encarar procesos culturales más amplios. En su trayectoria hace uno de los primeros intentos serios de periodización de las letras del continente, destacando el sentido histórico-político que las etiquetas estéticas importadas adoptaron en América –Romanticismo y anarquía, por ejemplo–. Instauró objetos de estudio inéditos en el ámbito local: el rol del intelectual; su profesionalización en el sistema capitalista; las causas de los cambios de función de la literatura, y cómo estos provocan alteraciones en los géneros existentes y crean otros nuevos. Tanto Henríquez Ureña como Amado Alonso se ocuparon en los estudios lingüísticos y filológicos y los usaron en sus análisis literarios en mayor o menor medida. Para Alonso, son disciplinas que tocan dos aspectos de una sola cuestión: lengua y habla; gramática y estilística. Por eso tradujo, editó y prologó en Buenos Aires el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure (1945), fundó la biblioteca de Dialectología Hispanoamericana y, en 1939, la *Revista de Filología Hispánica*, que se cerró en 1946, cuando Alonso partió a Harvard. La actividad de estos intelectuales tuvo como objetivo primordial la tarea docente, que no orientaron solo a universitarios y especialistas. Prueba de ello es la *Gramática Castellana* (1938-1939), escrita conjuntamente, que avanzó sobre los métodos existentes en la enseñanza del idioma. Un español que se nacionalizó argentino; un caribeño, ciudadano de la "patria grande hispanoamericana": no vivieron su estadía como un exilio; aplicados a sus estudios, creyeron ver en los textos un lugar donde alcanzar los sentidos que buscaban y, en Buenos Aires, un lugar donde encontrarse con los textos.



Gramática castellana, de A. Alonso y P. Henríquez Ureña, portada de la 11a. ed., Losada, 1953

Portada de una obra de A. Alonso Gredos, 1955

Las obras y los días de Deodoro Roca

SILVINA MARSIMIAN

El doctor Horacio Sanguinetti (1935), actual rector y profesor titular de Derecho en el Colegio Nacional de Buenos Aires (U.B.A.) –cargos que desempeña desde 1983–, es académico de número en la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas y en la Academia Nacional de Educación. Es autor de libros de diversas temáticas en torno del derecho, la política, la educación y la música –*Curso de Derecho Político*, *La Democracia Ficta*, *Los Socialistas Independientes*, *La Reforma Universitaria*, *La ópera y la sociedad argentina*, *Cómo se escucha la música clásica* y *Los tenores de la era discográfica*–. Como investigador se ha abocado al estudio del escritor, periodista y abogado Deodoro Roca (Córdoba, 1890-1942), cuya obra dispersa y fragmentaria ha presentado en tres antologías de interés para el lector contemporáneo: *Ciencias, maestros y universidades* (1959), *Deodoro Roca. Prohibido Prohibir* (1972) y *La trayectoria de una flecha* (2003). Ocupa el sillón "Deodoro Roca" en la Academia de Conocimientos Interdisciplinarios.

Líder de la Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba, en tiempos de puja entre el espíritu liberal y antiliberal, Deodoro Roca fue autor de su *Manifiesto Liminar*, en contra del espíritu reaccionario de los claustros y a favor de la renovación académica y administrativa. Antes, en



El doctor Horacio Sanguinetti, rector del Colegio Nacional de Buenos Aires

representación del Centro de Estudiantes de Derecho, tradujo el sentido que debe tener la educación siempre: "El estudiante no es un expositor de textos oficiales, ni está obligado a cargar con el peso de opiniones ajenas. Él no pide catálogos, sino rutas".

H. S.: –Deodoro Roca fue profesor de Filosofía del Derecho en la Facultad pero no se podía ceñir a disciplinas, aun las más laxas. La disciplina de la cátedra no la toleró y renunció al poco tiempo. No tuvo una intensa vida académica; incluso se reía de las academias. En algún artículo dice que son un "achaque senil". Pero siempre siguió el tema universitario con un interés vital.

Roca lideró la Reforma de la Universidad que hasta ese momento había sido, según él mismo, "refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y –lo que es peor aún– el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que la dictara".

H. S.: –Fue verbo principal de la Reforma Universitaria del '18 y apenas esta se extendió por la Argentina y América, también su prestigio de modo muy rápido campeó por todo el continente. Tenía una ideología de izquierda liberal, que se basaba desde el punto de vista moral en el "arielismo" de José Rodó y en principios de justicia y solidaridad, característicos de toda su generación. Pero que él encarna como nadie, por su actitud elocuente, tanto por su capacidad dialéctica en la conversación como por su condición de *causseur* muy seductor.

Cuando se le pide que en un retrato intelectual y moral exprese lo sustancial de la personalidad de Roca, Sanguinetti explica:

–A Ortega y Gasset le preguntaron si había conocido muchas personalidades en la Argentina y él contestó: "Personas he conocido muchas, personalidades sólo dos: Lugones y Deodoro Roca". Este último provocó un impacto en Waldo Frank, en el conde Keyserling, en Eugenio D'Ors, en todas las grandes figuras intelectuales del mundo que lo conocieron. La razón estaba en su extraordinaria calidad intelectual.



Sótano de la casa de Deodoro Roca

Era un hombre de inmensas lecturas; durante los años ’20 hace como un cable bibliográfico de los libros de punta del interior del país en Córdoba. Su primer libro –todas sus obras son póstumas: era un hombre disperso y hedonista que no escribió libros– se llama *Las obras y los días*, nombre que repetía la sección que escribía en el diario *El País* de Córdoba, donde trata los temas filosóficos, literarios, estéticos maravillosamente. Sus trabajos más extensos fueron uno sobre Lope de Vega, otro sobre Rafael Alberti. Alberti expresó que fue lo mejor que se escribió sobre él; quedó fascinado, a tal punto que escribió una elegía a la muerte de Deodoro. Moralmente, él como otra gente de la Reforma eran, como decía Robespierre, casi insoportables como los principios. Consideraron que la ética era mucho más importante que la calidad intelectual; entonces, vigilaban constantemente a los amigos; retiraban el saludo al que cometía una defección moral, sobre todo respecto de la moral pública; la moral privada se manejaba con criterios de época (por ejemplo, la fidelidad matrimonial). Pero la calidad moral de la actuación pública era tremendamente controlada. Deodoro no perdonó a todos sus grandes amigos que capitularon ante la dictadura, que fueron ministros de Uriburu. Le daba mucha tristeza pero los descalificó por esa actitud.

Este es el caso de Lugones, coterráneo y socialista en su juventud, de quien Roca había sido muy amigo pero al que criticó su viraje al fascismo y apoyo al golpe de Uriburu.

H. S.: –También podía ser amigo de un paisano en Ongamira... Tenía una casa muy grande, que había heredado del padre, con unos sótanos interminables –decían que unos túneles llevaban hasta el río para escapar en caso de problemas de la época–. Instaló allí su estudio jurídico que funcionaba hasta las 7 de la tarde; después el sótano deodórico se convertía en un cenáculo de lo mejor de Córdoba y de lo mejor de la gente que pasaba por Córdoba. En su campito paradisíaco de Ongamira se encontraba con su muy amigo Atahualpa Yupanqui, que lo admiraba mucho también, y con otras figuras como Fader, Mecha Ortiz, Neruda, Alberti.

En efecto, Roca se caracterizó por su bonhomía y sobre todo por su actitud de servicio desinteresado hacia la comunidad, que –entiende Sanguinetti– puede proponerse como modelo para la juventud actual. Como abogado, defendió cabalmente los derechos humanos. Atendió a las causas de aquellos, a los que por su condición humilde o indeseable no se les hace a veces justicia. Por ejemplo, en relación con el triste caso de Martita Stutz, una niña que fue raptada y desaparecida, protagonizó una polémica con Augusto Bunge, que lo acusó de defender a un criminal.

H. S.: –Había un imputado y Bunge daba por sentado que era el culpable y lo atacó a Deodoro, que decidió defenderlo con razón, porque finalmente fue absuelto. Deodoro entendía que el imputado tenía el derecho de inocencia. Desde el punto de vista político, no tuvo continuidad en ningún partido. Ingresó al socialismo, a los 4 o 5 años se fue con un portazo. No fue comunista: hace sus críticas al stalinismo, cosa muy difícil en un momento en que la izquierda tenía una mirada idealizada en la Rusia comunista. Era un fuerte opositor del fascismo, que avanzaba por todos lados. Se mantuvo en este sentido con una gran lucidez. Criticaba todos los imperialismos, el inglés, el norteamericano, y no le gustaba para nada lo que pasaba en la Rusia soviética. Los comunistas lo atacaron muy duramente: la entidad *Insurrexit*, de la que participaba Ernesto Sábato, habla pestes de él y de la Reforma, interpretando que era un ejercicio burgués. Fue un hombre independiente en todo sentido, no integró sociedades secretas pero fundó cantidad de entidades de apoyo: filiales de la Sociedad Argentina de Escritores, la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, el Comité contra el Racismo y Antisemitismo.

Cuando se le pregunta cuál es la curiosa circunstancia por la que Roca es un personaje desconocido para el argentino medio, responde:

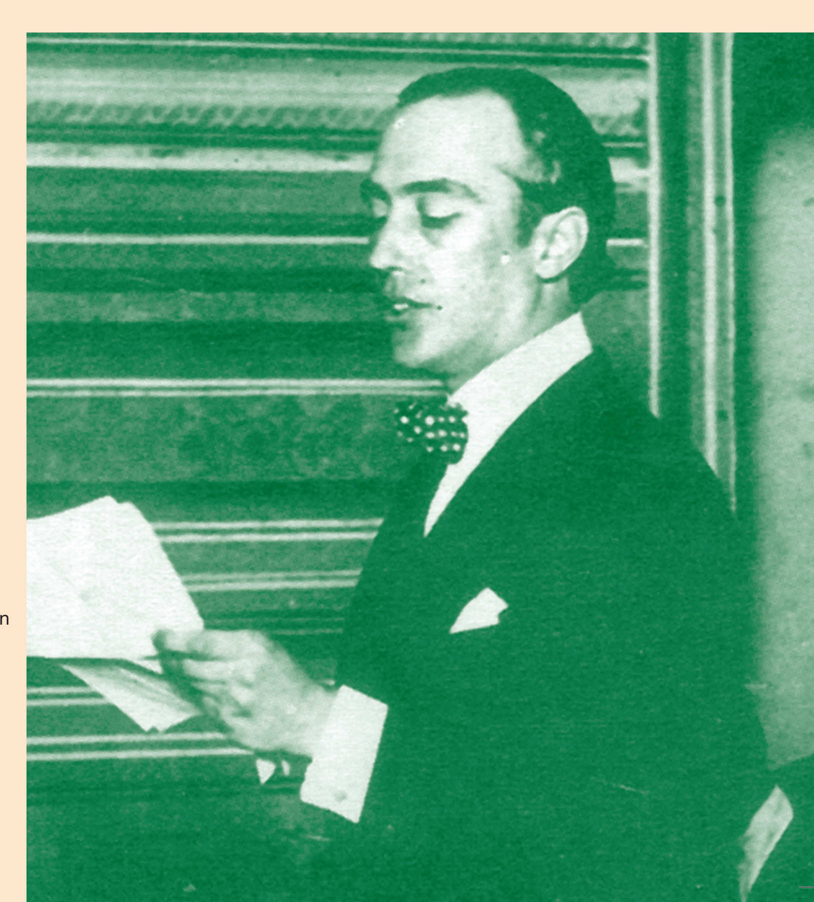
H. S.: –Fue un hombre del interior y el puerto no lo aceptó nunca; los diarios de Buenos Aires, salvo *Crítica*, no le dieron entrada. Entre los medios de Córdoba, lo tuvo entre sus filas *La Voz del Interior*, el principal, que todavía hoy lo recuerda. Además era un trasgresor. Era un hombre de izquierda, criticó al radicalismo, en la década del '20 está contra Yrigoyen. Luego, contra Uriburu. Pero Deodoro Roca merece ser leído hoy. Tiene un estilo muy diverso, sarmientino, un estilo flamígero, muy vehemente, rico en razonamientos cartesianos y una pluma que corta como un florete. Como literato político, si se tiene en cuenta su prosa desde el *Manifiesto Liminar*, tiene pocos pares en el país. En cuanto a su preeminencia, los temas que él plantea están todos vigentes; basta ver los temas municipales: llama la atención sobre el ruido y la polución urbanos; era un gran defensor de los árboles urbanos; observa la falta de sentido común en el mantenimiento histórico y estético de las ciudades. Desde el punto de vista político, la inmoralidad política, la corrupción, las castiga duramente y en ese sentido no hemos hecho sino avanzar en el peor sentido posible. Tanto formal como materialmente su obra es de una actualidad alarmante. Estilísticamente no ha decaído. Autores como Scalabrini Ortiz, grandes best seller en su época, hoy han envejecido; en cambio, Deodoro no. Y no es panfletario ni violento, es encendido, pero no grosero; mantiene la ironía por sobre el agravio, da la bofetada intelectual. Es polémico porque la polémica es un género en su época.

En *La trayectoria de una flecha,* Sanguinetti escribe: "En Deodoro nunca hay pedantería ni retórica pura y puede expresar con llaneza pero sin afectar la riqueza de su verbo, tanto la violencia agónica cuanto la nostalgia y la ternura (...). Los cadenciosos períodos descriptivos, generalmente trípticos, son –como sea dicho de paso su cuestionable puntuación– muy propios de su pluma: 'refugio secular de los mediocres..., renta de los ignorantes..., hospitalización segura de los inválidos... (...)' También hay humor. Siempre lo generaba. Un humor irreverente pero claro, nunca sarcástico. (...) ¡Y sus neologismos! Los 'fraudolócratas', la 'feudoburguesía', 'la inmensa minoría de vacunócratas' (...) y una larga serie de 'vices', desde los 'vicedéspotas' hasta que 'somos una vicecolonia británica'".

No fue un periodista profesional pero sí activo en los principales órganos de Córdoba. Además condujo dos publicaciones propias: *Flecha* (1935-36), periódico político, en que aparecieron sus notables escritos cívicos, y cuatro entregas de *Las Comunas* (1939-40), una revista municipal. Horacio Sanguinetti se inclinó por su estudio, cuando leyó en el '56 *El difícil tiempo nuevo*, compilación de textos de Roca con selección, prólogo y notas de Gregorio Bermann.

H. S.: –Me impactó a mí y a mi generación, la de la gran universidad reformista y autónoma de Risieri Frondizi, que hoy actúa en la vida pública, como Alberto Ciria, José Nun, Arnoldo Siperman, Enrique Groisman. Como dijo Milstein: se trató en nuestro caso del deseo de que la universidad devolviera a la sociedad el soporte que esta le daba para que saliera de la torre de marfil, para que fuera solidaria y se ocupara científicamente de los males del país.

Por esto y por haber dialogado "casi medio siglo" con Deodoro Roca, "en busca de consejo, estímulo y consuelo", Horacio Sanguinetti vio una obligación en rescatar su memoria.



Deodoro Roca en la inauguración de la Facultad de Ciencias Económicas (Rosario, 1921)



Portada de *Mis montañas*, de Joaquín V. González

Portada de *La Tradición Nacional*, de Joaquín V. González

El escritor y la tradición nacional

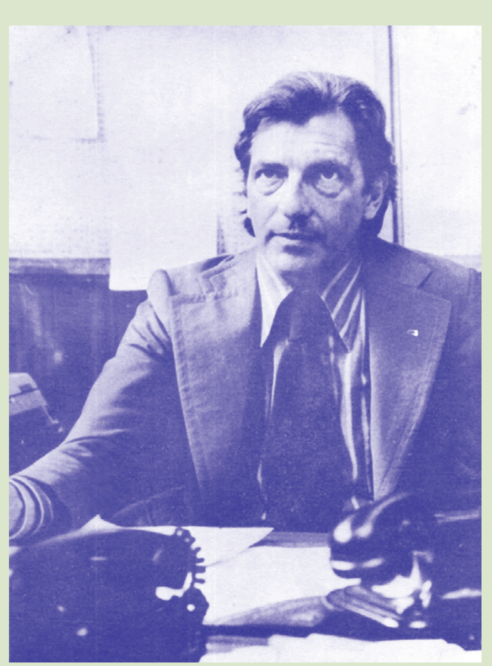
En Nonogasta, provincia de La Rioja, nació Joaquín V. González en 1863. Fue educador, político, sociólogo, hombre de leyes y, por sobre todo, escritor. Un digno heredero de la generación de Alberdi y de Sarmiento, que hizo de la tarea del escritor una razón política, y representante de la del Centenario, que intentó forjar a partir de las letras y las gestiones de gobierno una conciencia nacional. Desde muy joven, mientras estudiaba en la Facultad de Derecho de Córdoba, su vocación literaria encontró cauce, primero en la escritura de poemas: *Oscar: canto de invierno* (1883), *Rimas* (1885), y luego, ya en Buenos Aires, en la redacción periodística. Colaboró con *La Prensa* (1887-1901) como editorialista, traductor y cronista, y con *La Nación* a partir de 1916, donde escribió en defensa de las leyes y las instituciones. Con solo 25 años, cuando las inmigraciones empezaban a ser un componente del paisaje nacional y la literatura gauchesca avanzaba hacia el reconocimiento, Joaquín V. González publicó *La tradición nacional* (1888). Este libro es el punto inicial de una serie de trabajos cuya tesis sostiene que la tradición es la fuerza telúrica indispensable para el desarrollo de la nación; el conocimiento del pasado, un hito determinante para comprender la evolución del país. Dividida en cuatro partes, las que a su vez se subdividen en capítulos, presenta, a la manera de un tratado de sociología, historia, folklore y ciencia todos los temas que hacen al proceso interior de la Argentina en tanto país de América: desde la tierra, el hombre, la tradición, el pasado, la literatura, la religión, la naturaleza, las culturas indígenas, el descubrimiento, la conquista, la revolución, las guerras civiles, hasta llegar al cuadro final donde destaca la importancia de Caseros en la consolidación de la patria: “La nacionalidad argentina queda asegurada para siempre en el alba que amanece en Caseros. La larga y borrascosa noche de las pasiones desenfrenadas se desvela al fin.”. En toda la obra se percibe la faceta americanista de González, plasmada en el reconocimiento y respeto por las razas nativas, esas que poblaron el suelo antes de la llegada del español y que presentan, en algunos sentidos, superioridad respecto de los pueblos europeos en tiempos del descubrimiento. Paralelamente, el autor se lamenta de que casi nada se ha conservado de estas culturas porque “un pueblo sin tradiciones de su origen (...) debe sufrir los mismos desconsuelos del hombre que no ha conocido a sus padres”.

El proyecto para inventar la identidad del país iniciado por J. V. González con *La tradición nacional* se completa con otros dos libros: *Mis montañas* (1893), concebido como una retahíla de recuerdos, leyendas, hábitos de las tierras riojanas, donde sobreviven rasgos quechuas junto a los hispánicos que todavía perduran, y *El juicio del siglo* (1910), un extenso escrito para la conmemoración del Centenario de la revolución emancipadora. Basado en el conocimiento de la realidad y deliberadamente equitativo frente a las facciones políticas, este ensayo recorre el siglo de independencia y el proceso de democratización, el que para González está cerrado con resultados exitosos, ya que se consiguió abolir la tiranía y superar la anarquía en pos de una república constitucional y soberana. Sin embargo, el escritor advierte sobre la necesidad de reflexionar con seriedad acerca de las leyes que deben orientar el progreso de la sociedad argentina, teniendo en cuenta la ola inmigratoria, la inminencia de los movimientos de masas, las relaciones entre nuevas clases y la apertura económica hacia el mundo. En este contexto –sostiene J. V. González– la libertad y el deber son los pilares en que se sustenta una nación.

ENTRE-TEXTOS

La travesía de la escritura

Enrique Pezzoni (Buenos Aires, 1926-1989), crítico literario, traductor y docente, estudió en el Instituto Nacional Superior del Profesorado "Joaquín V. González", nombre que homenajea el aporte de ese ministro de Justicia y Educación a la preparación de educadores para la escuela media. Fue alumno de María Rosa y Raimundo Lida, Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña. A una discípula de ellos, Ana María Barrenechea, Pezzoni le reconoció una orientación básica de su formación: "trabajé bajo su guía en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, aprendiendo a relacionar los modos de ser literarios con los del lenguaje, y estos últimos con los del medio social". Pezzoni reelaboró la estilística de aquellos maestros, "acopio de una información asombrosa utilizada sin alardes"; la reconstruyó con sus lecturas de otros teóricos sobre el lenguaje y la literatura (Barthes, Lotman, Bajtin), con las de crítica literaria, con las de escritores no canonizados. Siempre explicó esas fuentes, con lo que practicó el doble gesto de promover el acceso de otros a ellas y de reconocer a los colegas: "A los trabajos de Josefina Ludmer y en especial a su *Onetti* debo la experiencia de haber reiniciado mis años de aprendizaje". También señalaba logros de alumnos suyos, en comentarios que revelan su concepción de la crítica literaria: "Sería valioso que rehuyera el riesgo de 'no intervención' aclarando sus criterios y pautas, cosa que ya hacen algunos autores de la serie [Capítulo. C.E.A.L.], por ejemplo Warley y Mangone en su trabajo sobre *Contorno.*". Sus clases en el Profesorado, refugio durante la última dictadura militar, contaban con alumnos deslumbrados; adscriptos brillantes como Delfina Muschietti; ex alumnos que asistían a sus renovados seminarios, como Daniel Link; otros profesores del Instituto, deseosos de leer con la orientación del colega. Jorge Panesi, el discípulo que entronca con el Pezzoni de la cátedra de Teoría y Análisis Literario de la Facultad de Filosofía y Letras, explica el sentido de esos auditorios: "Es probable –conjeturo ahora– que el pacto espontáneo, mantenido desde que comenzamos él y yo a trabajar juntos, y que consistía en escucharnos recíprocamente nuestros cursos, como si fuésemos alumnos ('Dejame ir a tus clases, aprendo mucho en ellas', pretextaba ante mi perturbada negativa), fuese un pacto de exigencia mutua para no aburrir al prójimo: los alumnos ideales, esas imágenes internas de autoexigencia, en verdad, preservan de las posibles debilidades del discurso, de ese dejarse ir hacia la facilidad repetitiva o la ausencia de una reflexión apasionada". El estéril academicismo era otro riesgo que Pezzoni vigilaba en la crítica literaria, en la que él (se) exigía rigor teórico. Pero otra vía de formación, que cultivaba, lo salvó: Raimundo Lida lo convocó en 1946 para reemplazar a José Bianco, que estaba de viaje, en la redacción de *Sur*: "Entonces inicié amistades que perduraron y en las que me atraía el espectáculo de un contacto con la literatura *no conscientemente* mediatizado por modelos teóricos". La dispersión de su obra en ensayos académicos, artículos periodísticos, prólogos a libros, preocupó a Pezzoni, que resolvió con una selección de sus escritos, *El texto y sus voces* (1986), publicada por Sudamericana, editorial donde trabajó como asesor literario. Su inmensa obra oral va siendo recuperada por otros libros para nuevos "auditorios": Annick Louis preparó *Enrique Pezzoni, lector de Borges*, compilación de transcripciones de clases dictadas desde 1984, año en que Pezzoni volvió a las aulas de la Facultad. De la misma manera que cuando él enseñó en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en las escuelas donde estén trabajando los profesores formados en la tradición que él sostuvo y renovó, la literatura no será reducida a ejemplificación de conceptos teóricos ni a impresiones arbitrarias impuestas autoritaritariamente.

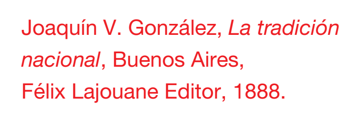


El crítico literario Enrique Pezzoni

Antología

"(...) La tradición popular, transmitida de unas generaciones a otras, revela la existencia de un culto por la memoria de los tiempos pasados y de los hombres que fueron su alma; revela que hay una preocupación permanente por mantener la unidad del drama social, sin la que el espíritu colectivo se expondría a perder su punto de apoyo.
Si se me dice que hay en la historia de una sociedad un periodo del que no han quedado tradiciones ni recuerdo, deduzco que ese periodo fue teatro de cataclismos sangrientos que sepultaron en sus ruinas actores y espectadores; que allí no hubo pueblo ni espíritu público; que un inmenso y profundo abismo interrumpió la marcha del perfeccionismo social. Y, sin embargo, tal es el apego del hombre por su pasado, que cuando esos intermedios de sombra se presentan en su historia, se esfuerza por llenarlos de creaciones más o menos fantásticas, más o menos oscuras como el alma de esas épocas; y de allí esa teogonías vacías de fundamentos aparentes con que reemplazan la acción humana; de allí esas abdicaciones inexplicables de las que resultan largos siglos de retardo en la ascensión del espíritu. (...)

(...) La nacionalidad argentina queda asegurada para siempre en el alba que amanece en Caseros. La larga y borrascosa noche de las pasiones desenfrenadas se desvela al fin; las tintas rosadas de ese crepúsculo se levantan de los campos de batalla, donde una generación entera dejó sembrados su sangre y sus huesos; ellos son la luz que destellan sacrificios sin número, misterios horribles, peregrinaciones desoladoras, ostracismos saturados de nostalgias, sangre y lágrimas vertidas a torrentes en los altares de dioses invisibles, en los pórticos de templos velados por la sombra, en las lápidas de las tumbas, donde las manos de los héroes de Mayo y sus pensadores dormían su sueño de gloria.
El clamor prolongado de la tierra, como el rumor que los vientos levantan en las montañas, llega al fin al fondo de los retiros solitarios donde el antiguo vigor se asila, donde se esconde la virtud social, donde la musa patriótica ha ido a ocultar sus rasgos de luz, huyendo del crimen triunfante, y asoman de súbito, haciendo surgir del bosque, del destierro y de las ciudades una nueva generación de héroes, fruto de la reacción operada en silencio durante la noche.
La fiebre que devora a las fieras llega a su paroxismo final; la sangre de sus arterias afluye en torbellinos sordos a sus cerebros, y la congestión estalla. Como se desvanecen los monstruos que poblaron un sueño agitado y delirante, ante la primera vislumbre de aquella aurora, los tiranos, sus verdugos, sus bandas sabáticas que surcaban las calles y los llanos al compás de músicas siniestras, se sumergen en el seno de la niebla que se aleja, o se dispersan y disipan en el fondo del día espléndido. (...)"


Joaquín V. González, *La tradición nacional*, Buenos Aires,
Félix Lajouane Editor, 1888.


Joaquín V. González



"*Vidas Paralelas. Historia ejemplar de la Academia Argentina de Letras*
Uno de los sucesos más expresivos de la militarada de Setiembre fue el florecimiento de cierto tipo de 'literatura' –mala, naturalmente– y el auge de ciertos literatos que el turbión dictatorial puso en el centro de la correntada.
Toda la prosa cursi del país andaba de vacaciones. El clarín de Setiembre la concentró y desfiló, también, con aire marcial, bajo los balcones de la Casa Rosada. Prosa de domingo y de desfile. Almidonada, con almidón de efemérides.
¿Se explica, de otro modo, que Martínez Zuviría constelara en aquel cielo de metralla y que luego cayera, como aerolito en la Dirección de la Biblioteca Nacional? ¿No sabemos, acaso, que en los regímenes de fuerza proliferan los malos escritores y los buenos se apagan? ¿No es famosa la debilidad de los dictadores por la mala literatura? ¿No son ellos mismos, a veces, abominables literatos, desde Nerón a Leguía?...
Nuestro país –¡tan joven!– padece, sin duda, el achaque senil de las Academias. Aquí, en esta misma tierra, fue donde el gran Rubén las apostrofara: '¡De las Academias, líbrame Señor!'. Acaso fuera el novelista autobiográfico de 15 *días sacristán* quien cayera en la cuenta de que en este país de las Academias faltaba una: la de los literatos, y sugiriera su creación. En esos días Mussolini, bajo la sugestión de su maestro Marinetti, creaba la suya. El ministro Rothe no era, precisamente, un Richelieu, ni Martínez Zuviría un Marinetti. Este es un histrión de las letras, pero detonante y magnífico. Zuviría *au dessous* de las letras, escribe para un mundo absorto de cocineras, sacristanes y sargentos. Marinetti tiene temperatura y ramalazos de escritor. Martínez Zuviría hace libros como hace hijos. Con un desenfado estupendo de conejo literario. Entonces este conejo de la viceliteratura rioplatense y el ex ministro Rothe –sorprendente conejo de despropósitos constitucionales–, Richelieu vidriado por Chammás, compusieron la Academia Argentina de Letras. (...) Antes los hombres de Letras se hacían políticos; ahora los políticos nos son devueltos en hombres de letras. De esta contribución oscura de la política a la literatura ha nacido la Academia Argentina de Letras. (...) Aquí están: Ibarguren, historiador de desvanes de las dictaduras; Gustavo Martínez Zuviría, duraznero de las novelas, 'mantantirolirolá'; Juan B. Terán, inventor de una fórmula para industrializar su apellido; Álvaro Melián Lafinur: cada patronímico, un merengue; Carlos Obligado: obligado: Obligado; Monseñor Gustavo Franceschi: monseñor; Leopoldo Díaz, vistoso plumaje; Leopoldo Herrera, delta del 'Paraná' educacional; Martín Gil, vocación de auténtico escritor, perpetuamente salido de su 'órbita'; Bernardo Houssay, científico docente, sin ninguna significación literaria, ni siquiera como productor de 'ciencia'; Arturo Marasso, escritor, alma bondadosa; Fernández Moreno, Rafael Alberto Arrieta, Juan Carlos Dávalos, escritores de raza, pero reos de 'mala compañía'; Eleuterio F. Tiscornia, cuarto año de 'inmortalidad'; Mariano de Vedia y Mitre, aprendiz de todo, maestro de nada (...); Matías Sánchez Sorondo –lo dejamos para el último, su exacto lugar– Cicerón sin Catilina, Catón a gas pobre, 'mantenedor' en los juegos florales de la política criolla...
Están ahí los 17 académicos, de la pintoresca Academia Argentina de Letras."

Deodoro Roca, *El difícil tiempo nuevo*, Buenos Aires, Lautaro, 1956.

Bibliografía

AA.VV., "Enrique Pezzoni". En: *Encuesta a la literatura argentina contemporánea*. Capítulo 140, Buenos Aires, C.E.A.L., 1982.
BERMANN, GREGORIO, "Libertad y necesidad del escritor". En Roca, Deodoro, *El difícil tiempo nuevo*, Buenos Aires, Lautaro, 1956.
BRATOSEVICH, NICOLÁS, *Métodos de análisis literario*, Buenos Aires, Hachette, 1985.
ESTRIN, LAURA, "Enrique Pezzoni: la lectura, un ejercicio de intensidad". En: Rosa, Nicolás, *Políticas de la crítica*, Buenos Aires, Biblos, 1999.
GUTIÉRREZ GIRARDOT, RAFAEL, *La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío,* Bonn, 1984.
JITRIK, NOÉ, "Roberto Giusti. (En la consolidación de la literatura argentina)". En: Jitrik, N., *El ejemplo de la familia*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.
MARENGO, MA. DEL CARMEN, "El premio nacional de 1942: batallas por el canon". En *www.fahce.unlp.edu.ar/congresos/orbis.* Consultado el 14/12/05.
ONEGA, GLADYS, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
PANESI, JORGE, "Enrique Pezzoni: profesor de literatura". En: Panesi, Jorge, *Críticas*, Buenos Aires, Norma, 2000.
RAVINA, AURORA (dir.), *Historia Argentina*, Buenos Aires, **Página 12**, 1999.
ROMERO, JOSÉ LUIS, *Las ideas en la Argentina del siglo XX*, México, Actual, 1987.
SANGUINETTI, HORACIO J., *La trayectoria de una flecha. Las obras y los días de Deodoro Roca*, Buenos Aires, Librería Histórica, 2003.
SARLO, B. Y ALTAMIRANO, C., *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
ULLA, NOEMÍ, *La Revista Nosotros*, Buenos Aires, Galerna, 1969
VIÑAS, DAVID, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

Ilustraciones

Tapa, *Nosotros*, año II- tomo III, Nos. 13 y 14, Buenos Aires, agosto y septiembre de 1908.
P. 466, *Caras y Caretas*, Año XIII, nº 605, Buenos Aires, 7 de mayo de 1910.
P. 467, *Caras y Caretas*, Año XIII, nº 609, Buenos Aires, 4 de junio de 1910.
P. 469, P. 472, *Historia de la literatura argentina*, Vol. II, Buenos Aires, CEAL, s/f.
P. 470, *Nosotros*, Año XVII, Núm. 168, Buenos Aires, 1923.
P. 471, HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, FCE, 1949.
P. 472, ALONSO, AMADO, *Materia y forma en poesía*, Madrid, Editorial Gredos, 1955.
P. 472, ALONSO, AMADO y HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *Gramática castellana*, Buenos Aires, Losada, 1953.
P. 473, Archivo privado H. J. S.
P. 474, 475, SANGUINETTI, HORACIO, *La trayectoria de una flecha. Las obras y los días de Deodoro Roca*, Buenos Aires, Librería Histórica, 2003.
P. 476, GONZÁLEZ, JOAQUÍN VÍCTOR, *La Tradición Nacional*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1888.
P. 476, GONZÁLEZ, JOAQUÍN VÍCTOR, *Mis Montañas*, Buenos Aires, Cesario García Librero Editor, 1905.
P. 477, *La historia de la literatura argentina. Capítulo, 140*, Buenos Aires, CEAL, s/f.

Auspicio:



gobBsAs